

Los estadounidenses y la guerra

STANLEY G. PAYNE*

EL hecho de que Estados Unidos haya constituido uno de los factores más importantes, muchas veces decisivo, en las guerras del siglo xx es realmente una de las grandes ironías de la historia norteamericana. Pese a que la independencia de Estados Unidos se forjó mediante una guerra, su relativo aislamiento geográfico y los intereses predominantes de su medio cultural se unieron para producir una marcada falta de interés en cuestiones militares a lo largo de la mayor parte de la historia norteamericana. No obstante el hecho de que la intervención americana de 1917 fue decisiva para el resultado de la primera guerra mundial, ello no altera las prioridades aislacionistas y civilistas en términos generales de la mentalidad norteamericana. En fecha tan reciente como los primeros años de la década de 1940, Estados Unidos mantenía un número de tropas en activo apenas igual al del pequeño país balcánico de Bulgaria.

UN EJERCITO REDUCIDO

Desde 1775 Estados Unidos ha tenido alguna forma de ejército regular, pero ha sido por regla general extremadamente reducido en proporción a la población y la riqueza del país. Claramente, el ejército que dirigió Washington no «ganó» la guerra de Independencia; su función fue simplemente la de evitar una derrota mientras el proceso de desgaste y las hostilidades con otras potencias europeas debilitaban la fuerza y la perseverancia de Gran Bretaña. En algunos de los estados sureños, la «Guerra Revolucionaria», como seguían denominándola la mayoría de los norteamericanos, adoptó, el carácter de una guerra de guerrillas y, evidentemente, se ha sostenido que la guerra de Independencia norteamericana fue realmente la primera «guerra de liberación nacional» moderna, un hecho que no deja de poseer su propia ironía.

Después de 1783 el Ejército norteamericano apenas si mantuvo su existencia en un principio. Su función primaria era la de luchar contra los indios, y a este respecto no siempre tuvo una actuación particularmente buena. La contrapartida de la resistencia encontrada por los ingleses en su trato con los norteamericanos, como la encontrada por Napoleón con los españoles, era la continua frustración de las tropas regulares en sus intentos por someter a los combatientes irregulares nativos, muchas veces con mínimos beneficios, entre 1790 y 1876. Las campañas indias eran, no obstante, primordialmente una cuestión de desgaste e irritación más que un gran problema militar. Cuando quiera que algún gru-

* Catedrático de Historia en la Universidad de Madison (Wisconsin).

po determinado presentaba una resistencia desusadamente firme, el Ejército regular realizaba un esfuerzo especial —que nunca implicaba un gran número de soldados pero exigía un mando y un entrenamiento mejores, así como una acción más concertada— que por lo general llevaba la tarea a buen fin en un período de tiempo relativamente breve.

Los dos conflictos internacionales de la primera mitad del siglo xix —la guerra de 1812 (en realidad, 1812-1815) contra Gran Bretaña, y la guerra contra México en 1846— no fueron en ninguno de los dos casos producto de una grave amenaza o agresión al país, pese a que la política naval británica durante las guerras napoleónicas fue, sin duda, despótica y en algunos aspectos opresiva. En ambos casos, se impuso una movilización *ad hoc* para enfrentarse a un enemigo exterior. En el primero, Estados Unidos hubo de vérselas con una gran potencia y comprobó que sólo el esfuerzo de defenderse y evitar la derrota absorbía todas sus fuerzas, y fue afortunado al poder llegar a una paz sobre la base de un *status quo ante bellum*, no habiendo ganado nada en este conflicto inherentemente absurdo. Una de las grandes ironías surgidas de esta guerra fue la entronización del mito del hombre de milicia como consecuencia de la victoria final de Andrew Jackson en la batalla de Nueva Orleans (1815). En realidad, Estados Unidos no confió en la milicia como fuerza primordial, por contraposición a las tropas regulares, en ningún momento de los primeros años de su historia, y a partir de 1815 el sistema de milicias quedó prácticamente muerto¹.

Posteriormente a 1815, Estados Unidos no intervino en ninguna de las grandes guerras exteriores hasta el final mismo del siglo; siglo este dedicado a la expansión del poderío norteamericano por su propio continente, y al desarrollo interno y la unificación de sus estados. En este contexto, la guerra con México fue el principal incidente en la expansión hacia el oeste, un conflicto en gran medida no provocado pero plenamente eficaz en cuanto a garantizar el control de lo que sería la totalidad de la zona sudoccidental de Estados Unidos. Una vez más fue necesaria una acelerada ampliación de los efectivos existentes para equipar uñas campañas militares de mayor envergadura, pero en este caso el enemigo no era una gran potencia. Las fuerzas estadounidenses, comparativamente más reducidas, no tuvieron gran dificultad para derrotar al mal organizado Ejército regular mexicano. Después de 1815, Estados Unidos no se enfrentaría a ninguna otra gran potencia durante más de cien años, hasta su intervención en la primera guerra mundial.

En Europa se conoce sobre todo a las fuerzas armadas de Estados Unidos por su intervención en las dos guerras mundiales, pero para los americanos la mayor de sus guerras en términos de costes y bajas —e incluso por sus repercusiones en el futuro del propio país— fue la guerra civil de 1861-1865. Como era característico en la experiencia militar estadounidense, ninguno de los dos lados estaba preparado para la guerra civil cuando ésta se inició. En parte se desarrolló como una guerra de movimientos, pero fue igualmente una guerra de desgaste, en ciertos aspectos la primera

LA GUERRA CON MÉXICO

¹ Para éste, como para la mayoría de los más importantes aspectos de la historia militar americana, el mejor análisis breve es el de Alan R. Millet y Peter Maslowski, *For the Common Defense: A Military History of the United States of America* (New York, 1984).

**DESARROLLO
TÉCNICO
EN LA GUERRA
CIVIL**

guerra moderna de desgaste. A la inversa, fue la última de las guerras tradicionales en el sentido de que fue la última gran conflagración (aparte de campañas menores como las de España en Cuba de 1895 a 1898) en que las muertes producidas por las enfermedades fueron claramente más numerosas que las bajas en combate. En total, el Ejército Federal perdió casi 400.000 vidas y el del Sur aproximadamente 300.000. Solamente las bajas de los federales igualaron prácticamente a la totalidad de la pérdida de vidas sufrida por unos Estados Unidos mucho más populosos en la segunda guerra mundial. El coste para ambas partes, en un país de menos de 30 millones de habitantes, fue con mucha diferencia el más elevado proporcionalmente de cualquiera de las guerras de Norteamérica, aproximadamente el doble del producido por la guerra civil española de 1936-1939².

En términos de desarrollo de la práctica y la tecnología militares, la guerra civil americana fue probablemente el conflicto más notable de mediados del siglo XIX, en mayor grado que la guerra de Crimea (1854-1856) o la franco-prusiana (1870-1871). Supuso la elevación del potencial militar americano a un status relativamente importante por primera vez; hacia 1865, las fuerzas norteamericanas de Río Grande tomaron posiciones para supervisar la retirada de tropas francesas de México. La guerra civil americana reveló nuevos avances en la potencia de fuego y fue la primera en recurrir ampliamente al uso de los ferrocarriles en sus operaciones logísticas. Sin embargo, no obstante su gran importancia para la historia estadounidense y, en cierta medida, también para la historia militar, la guerra civil modificó muy poco las actitudes fundamentales de los norteamericanos hacia las fuerzas armadas. Aunque quedaron estacionadas pequeñas unidades militares en algunos puntos de los derrotados estados del sur durante once años, como parte del programa de «Reconstrucción», la mayor parte del gran Ejército federal fue rápidamente licenciado. En 1866, unas fuerzas superiores al millón de hombres se habían reducido a 54.000, y a lo largo de los tres siguientes decenios sus únicas acciones se limitarían a perseguir indios en el lejano oeste.

Los primeros orígenes de lo que llegaría a convertirse en un cambio sistemático aparecieron pasados menos de veinte años. En 1883 comenzó lentamente lo que podría denominarse el primer gran desarrollo de la Marina de los Estados Unidos en tiempo de paz, con la construcción de tres nuevos y modernos cruceros. Ello pasaría a formar parte de un programa, seguido a ritmo cada vez más acelerado en los siguientes quince años, hasta que en 1898, con cuatro nuevos acorazados de primera categoría y otros cinco en construcción, los Estados Unidos habían recorrido gran parte de su avance hacia la posesión de una Marina de «categoría mundial». Sin duda alguna la anticuada flota española de Filipinas y el Caribe no tenía la menor probabilidad de vencerla. Con el desarrollo de la Marina estadounidense surgió también la primera gran contribución norteamericana a la teoría y la historia militares: la obra del capitán de Marina Alfred T. Mahan, *The Influence of Sea Power Upon History, 1660-1783* (1890).

Una vez construida una gran Marina estadounidense a fines de

² Especialmente en el caso de la población blanca del sur, que sumaba tan sólo seis millones y sufrió, sin embargo, más bajas militares que toda España, con una población de 25 millones.

la década de 1890, su desarrollo no se abandonaría nunca. Surge la cuestión, por tanto, de por qué se alertó la tradicional política norteamericana a este respecto durante un período largo de paz en que Estados Unidos no se enfrentaba a serias amenazas militares o navales de tipo alguno. Como suele ocurrir con los grandes fenómenos históricos, los motivos operativos fueron múltiples y diversos. Por una parte, se planteó de forma convincente el argumento estratégico de que, como hemisferio occidental geográficamente distante de las primeras potencias militares del mundo, una Marina mayor y más moderna era más importante que un ejército grande y modernizado en la defensa de los intereses americanos. Este país era ya una potencia económica mundial, con grandes y remotos intereses comerciales; así pues, se alegó que, evidentemente, la Marina era más vital que el ejército para la defensa de estas empresas. También importante era el hecho de que una Marina fuerte exigía efectivos humanos mucho menores que un ejército fuerte y, por consiguiente, sería más fácil su mantenimiento a base de voluntariado, la única forma de reclutamiento que los ciudadanos norteamericanos estaban dispuestos a aceptar. La construcción de una moderna Marina exigía, sin duda, grandes inversiones en nueva tecnología, pero ésta era fácilmente asequible. Finalmente, existía la innegable ambición de una minoría de poder competir con las grandes potencias europeas, y la competencia naval tenía, evidentemente, más sentido desde las perspectivas militar, económica y política de los norteamericanos.

Mientras crecía la Marina, el Ejército de tierra americano avanzaba en dirección contraria y se reducía efectivamente. En la década de 1880, las campañas indias habían concluido prácticamente y el Ejército parecía no tener utilidad alguna. México y Canadá no podían considerarse ni remotamente como amenazas militares y Estados Unidos no tenía colonias ultramarinas que defender. Así pues, cuando el Estado Mayor alemán publicó un estudio de las fuerzas militares mundiales en 1897, incluyó el análisis de los ejércitos de Portugal y Montenegro, pero pasó por alto el de Estados Unidos totalmente. El Ejército estadounidense de 28.000 hombres existente en aquellos momentos no podía verdaderamente considerarse como ejército en el sentido operativo. La breve guerra con España en el siguiente año exigió la consabida y rápida formación *ad hoc* de una gran fuerza de voluntarios, tan importante por lo que tuvo de reunificación de los esfuerzos de los estados del norte y del sur como por los restantes motivos.

Se ha dicho en ocasiones que la guerra con España convirtió a Estados Unidos en potencia mundial por primera vez. Era la primera ocasión en que adquiría algo parecido a una colonia, en Filipinas, y en que una presencia militar norteamericana entraba en el Pacífico occidental y los alrededores de Asia. Durante varios años las tropas estadounidenses se vieron implicadas en operaciones contra-insurgentes frente a los rebeldes filipinos. Pese a que el Ejército regular se había reducido a 70.000 hombres en 1904, se había incrementado hasta sumar una fuerza de casi 100.000 en vísperas de la primera mundial. Caben escasas dudas de que se había operado un cambio, aunque no debe exagerarse el alcance

**LA MARINA,
UNA
FUERZA
VITAL**

**LA GUERRA
CON
ESPAÑA**

LA I GUERRA MUNDIAL

del mismo. La opinión pública norteamericana siguió siendo fuertemente contraria a los grandes gastos militares y a la introducción de un ejército de dimensiones europeas, del mismo modo que había un claro sentimiento político opuesto a una mayor implicación en las rivalidades de las potencias internacionales, o a la adquisición de nuevos territorios en el exterior.

Es indudable que la neutralidad era muy favorecida durante la primera guerra mundial entre el electorado americano. No se trataba de que el sentir y la política estadounidense fueran verdaderamente neutrales, pues la opinión americana, sus intereses económicos y en cierta medida su política de Estado se inclinaban claramente hacia Inglaterra y Francia, sino simplemente de que la gran mayoría de los americanos no querían tomar parte en la lucha, por motivos buenos y evidentes. El presidente Wilson incluso fundamentó su campaña de reelección de 1916 en la cuestión de la neutralidad («demasiada nobleza para luchar»), de tal forma que la decisión relativa a la entrada de Estados Unidos en la guerra fue en realidad tomada por el Alto Mando alemán. Cuando decidió reanudar la guerra submarina sin restricciones el 31 de enero de 1917, el mando alemán era consciente de que semejante acción produciría la entrada norteamericana en la guerra. Dicha posibilidad, aunque reconocida, fue simultáneamente desatendida por creer que no merecía una consideración seria. El mando alemán sabía perfectamente que no existía un Ejército de Estados Unidos *sensu strictu*, y calculaba que pasarían al menos dos años antes que pudiera esperarse la aparición de fuerzas americanas de importancia en el frente occidental. Por entonces, los líderes alemanes tenían la intención de haber ganado la guerra.

Cuando Estados Unidos declaró la guerra en abril de 1917, su Ejército estaba formado por 133.000 hombres, pese a haber experimentado un proceso de expansión de varios meses y a que el *Naval Act* de 1916 hubiera permitido ya un considerable incremento de la Marina. El gobierno puso gran cuidado en los términos con que inició el reclutamiento de potencial humano para la guerra; el *Selective Service Act* (Ley de Servicio Selectivo) de mayo de 1917 estipulaba una gran cantidad de excepciones y depositaba su ejecución en manos de personas civiles de la localidad, en lugar de hacerlo en las agencias del Gobierno central. La movilización norteamericana procedió con la celeridad aproximada que cabía esperar, entrando en acción contra Alemania un importante contingente estadounidense en el frente occidental en julio de 1918, mucho antes de lo que el mando alemán había creído posible. La ironía para Alemania era que las Potencias Centrales habían ido logrando lentamente una preponderancia militar relativa mediante procesos de desgaste y en virtud de la mayor eficacia de la máquina militar alemana, pese a ser, como era, inferior en número. Rusia quedó eliminada en 1917 y sin la masiva aportación americana se habría llegado a algún tipo de decisión en el frente occidental en 1918. Más que ganar una victoria, la política naval alemana había socavado el triunfo parcial laboriosamente forjado por el Ejército alemán. Porque Estados Unidos movilizó casi cinco millones de hombres en año y medio, generó enormes fuerzas económicas y garantizó la derrota de Alemania.

La política y las posiciones norteamericanas de la generación de entreguerras que siguió se han juzgado quijotescas, contradictorias y polémicas. Los historiadores coinciden casi sin excepción en que Wilson no supo obtener la clase de acuerdo de paz (en teoría «sin vencedores ni vencidos») por la que abogaba, y Estados Unidos, después de su fundamental contribución al resultado de la guerra, nunca ratificó el tratado de paz ni se incorporó a la Sociedad de Naciones surgida de él. El período de entreguerras se ha definido muchas veces en los libros de texto de historia como el período de la «vuelta al aislacionismo». Ello es, no obstante, algo exagerado, pues, pese a las decepciones de la política y la diplomacia estadounidenses en 1919-1920, Estados Unidos participó más en los asuntos mundiales de lo que había hecho antes de 1914. Desempeñó un papel predominante en la economía mundial en medida mucho mayor que anteriormente a 1914, y tomó parte activa en las grandes iniciativas de paz y en los tratados de limitación naval de los años veinte. Al mismo tiempo, la actitud general de la población americana fue la desilusión ante la experiencia de la primera guerra mundial. Era evidente que la «guerra para hacer del mundo un lugar seguro para la democracia» había fracasado en este empeño, y las revelaciones de la postguerra con respecto a las distorsiones y exageraciones de la propaganda de guerra de las propias democracias produjo sentimientos de engaño y explotación. A ello vino a añadirse una amplia publicidad sobre los beneficios logrados por los fabricantes de armas («comerciantes en muerte»), todo lo cual no hizo sino aumentar la renuencia a volver a implicarse en un conflicto exterior. Las consecuencias económicas de la depresión vinieron a intensificar este talante, mientras Estados Unidos emulaba la política común de otras naciones recurriendo cada vez más a soluciones financieras y económicas no cooperativas y limitadas al interior.

Hubo poca ambigüedad en los sentimientos americanos sobre los conflictos surgidos en Europa y Asia oriental durante los últimos años de la década de 1930. En su mayor parte, la opinión americana era fuertemente contraria a la agresión alemana y japonesa desde el comienzo, pero ello iba acompañado por un sentimiento igualmente categórico de que los Estados Unidos no debían intervenir. Interpretando fielmente dicho sentir, la administración Roosevelt apoyó en líneas generales la política de apaciguamiento británica de 1938-1939, y no inició una modificación de su política en cierta medida hasta después de la caída de Francia en 1940. En todo momento, la opinión norteamericana fue fuertemente favorable a Gran Bretaña y China en su resistencia a Alemania y Japón, pero todos los análisis de opinión, hasta el momento mismo del ataque a Pearl Harbor en diciembre de 1941, mostraban una determinación igualmente fuerte a que Estados Unidos no se implicara militarmente.

Durante la segunda mitad de 1940, la administración Roosevelt adoptó una línea más dura, y en 1941 ésta se hizo más intransigente y más activa con el paso de los meses. Dado el estado de la opinión norteamericana, había claros límites a la posibilidad de

***SENTIMIENTO
GENERAL DE NO
INTERVENCIÓN***

***LA LINEA
DURA DE
ROOSEVELT***

acción del gobierno, pero se proporcionaron cantidades cada vez mayores de ayuda económica y militar a Gran Bretaña y también a China, mientras que en el otoño de 1941 los barcos de guerra estadounidenses habían empezado a patrullar activamente algunas secciones del Atlántico norte en contra de los submarinos alemanes. Ello tuvo como consecuencia una virtual guerra naval no declarada entre Estados Unidos y Alemania en el otoño de 1941, cuando fue hundido un destructor americano y otro recibió daños. Sin embargo, esta situación era casi el reverso de la de 1917, y fue transitoriamente frenada por la propia contención de Hitler en la acción submarina alemana. Además, 1941 se convirtió en el año, de época de paz de mayor crecimiento militar, con gran diferencia, de la historia estadounidense. Por primera vez en período de paz se impuso la leva de reclutamiento, y el ejército de Estados Unidos pronto ascendió hasta 1,2 millones de hombres. Por entonces se estaban elaborando ya planes para una movilización de guerra a gran escala.

EL PELIGRO DE JAPÓN

Siendo así los hechos, algunos historiadores han sostenido que la administración Roosevelt presionó deliberadamente a Japón para inducirlo a un estado de guerra, maniobrando con astucia para que Japón asestara el primer golpe con el fin de justificar la guerra ante la opinión norteamericana. No existe evidencia a favor de una afirmación de semejante alcance y cinismo implícito, pero es perfectamente claro que la política americana durante 1941 fue cada vez más dura y provocadora, y su finalidad era la de mutilar la economía de guerra japonesa en la medida de lo posible. Sin duda Roosevelt consideraba que una economía y una máquina militar japonesas debilitadas estaban expuestas a las presiones de Estados Unidos en un grado en que no lo estaban las alemanas, y estaba al parecer convencido de que podían imponerse grandes cambios a la política japonesa a un coste relativamente reducido. Todos los sucesos que desembocaron en Pearl Harbor han sido estudiados con exhaustivo pormenor por los historiadores diplomáticos y militares, y la evidencia existente indica que la administración —preocupada ante todo por el peligro de la Alemania nazi— quedó sinceramente sorprendida por el sentido de oportunidad y el vigor del ataque japonés. Aun así, era escaso el entusiasmo que despertaba una guerra simultánea con Alemania, de tal modo que de no haber tomado la iniciativa el propio Hitler unos días después, es posible que hubieran continuado las relaciones pacíficas con Alemania durante algún tiempo.

A la vista del abrumador sentimiento de la población estadounidense contra cualquier tipo de intervención militar, puede acaso parecer paradójico que la segunda guerra mundial se convirtiera rápidamente en la guerra con mayor popularidad de toda la historia norteamericana. Posteriormente, en medio de la desilusión de la experiencia en Vietnam, sería recordada como la «buena guerra», y el conocido escritor Studs Terkel publicaría después una antología de reminiscencias americanas con este título. Existían una serie de razones fundamentales para explicar el extraordinario favor de que gozó la guerra contra Alemania y Japón. Una de ellas era el arrollador sentimiento de inocencia herida, de que Estados

Unidos era parte puramente agravada y atrocemente agredida por un enemigo insidioso, y que, por consiguiente, libraba una «guerra justa» en enésimo grado. Otra de las razones era la extraordinaria prosperidad y el pleno empleo que acompañaron al desarrollo militar (en cierta medida incluso en 1941), tras los difíciles tiempos de la década de la depresión. De modo algo paradójico, la economía americana tuvo capacidad para producir enormes cantidades de efectos militares y para aumentar el nivel de vida de muchos de sus ciudadanos al mismo tiempo. Una tercera razón de la relativa popularidad de la guerra fue que el período de primeras derrotas sólo se prolongó seis meses. Comenzando en junio de 1942, se desarrolló una cadena de victorias con escasas interrupciones hasta el final mismo de la guerra. Estados Unidos —con la única excepción de Pearl Harbor— no fue nunca igualado por fuerzas enemigas, mientras que casi la totalidad de su sociedad y su economía recibían nuevas energías. Y en este proceso se convirtió en el país más poderoso del mundo.

En la opinión pública, la guerra contra Japón siempre gozó de mayor popularidad que la guerra contra Alemania. Era éste un sentimiento no libre de la influencia de una especie de desdén racista hacia Japón, y en la costa oeste norteamericana los habitantes más entrados en años siguen refiriéndose en ocasiones a la segunda guerra mundial como la «guerra de Japón». Pese a que en general se percibían a Hitler y el nazismo como una fuerza maligna digna de ser combatida, la información relativa a la «Solución Final» y a los campos de exterminio nazis fue prácticamente desconocida entre el público y los soldados norteamericanos hasta el fin de la guerra.

Una de las características de la política de guerra de las democracias anglo-parlantes, muchas veces comentada, ha sido su disposición a aceptar términos de guerra total y bombardeos masivos de la población civil tan pronto como se desarrollaron los medios para hacerlo. Este hecho ha sido en ocasiones interpretado como resultado de la propensión al fariseísmo y el extremismo de los países democráticos una vez incitados a entrar en acción, siendo, según esta interpretación, la política de las democracias más arrolladora y menos contenida que las de otros tipos de sistemas. Es dudoso que pueda verificarse el hecho con la evidencia disponible para este caso. Todos los protagonistas de la segunda guerra mundial estuvieron dispuestos a lanzarse a políticas de guerra total cuando tuvieron la oportunidad de hacerlo. Ocurrió que por motivos de geografía, tecnología y prioridades de desarrollo militar, sólo Gran Bretaña y Estados Unidos pudieron elaborar los medios para un bombardeo estratégico sistemático. Pero fue, sin duda, mucho mayor la cantidad de población civil exterminada en modos diversos por Alemania, Japón y la Unión Soviética durante la guerra.

Se ha sostenido en ocasiones que el período posterior a la segunda guerra mundial —es decir, aproximadamente toda la época contemporánea— difiere de la anterior historia norteamericana en la negativa de su gobierno al desarme, mientras procura, por el contrario, actuar como gendarme de prácticamente el mundo en-

**LABRA
DE LOS
GASTOS DE
DEFENSA**

tero. En los años sesenta y primeros setenta, esta interpretación dominaba en la nueva historiografía «revisionista» sobre los orígenes de la Guerra Fría, de la cual incluso los revisionistas americanos hacían en gran medida responsable a Estados Unidos. Pero lo cierto es que las fuerzas norteamericanas fueron sostenida y drásticamente reducidas en el año que siguió a la derrota de Japón. Mientras que a mediados de 1945 las fuerzas armadas estadounidenses habían sido las más numerosas del mundo, con un total de 12 millones de hombres (frente a los 11 millones aproximados de la Unión Soviética), éstas habían sido reducidas a 1,5 millones hacia 1947. Pese a que unas fuerzas armadas de semejantes dimensiones eran evidentemente mucho más numerosas que en anteriores períodos de paz, no eran mayores en proporción al total de la población norteamericana que las mantenidas por la República francesa durante los años veinte y primeros treinta. Incluso el comienzo oficial de la Guerra Fría en 1948 tuvo mínimos efectos inmediatos. Se amplió el Mando Aéreo Estratégico, pero el Ejército quedó momentáneamente aun más reducido, y en general las fuerzas armadas norteamericanas sumaban ligeramente menos del millón y medio de hombres cuando estalló la guerra de Corea el 25 de junio de 1950.

Esta es la fecha que realmente señaló el comienzo de la presente era de fuertes y continuos gastos defensivos en época de paz, y del mantenimiento constante de unas fuerzas armadas de dimensiones considerables, junto a una leva aparentemente permanente de potencial humano en períodos de paz. La solución pactada de la guerra de Corea en 1953 hizo posible una cierta reducción en el número total de las fuerzas armadas, que en 1952 habían aumentado a 3,6 millones, pero no volverían nunca a sus niveles relativamente pequeños de 1947-1950.

En la década de 1950 fue escasa la oposición a este estado de cosas en la mayor parte de los sectores de la opinión política norteamericana. Entre la generación posterior a la segunda guerra mundial estaba muy en boga un patriotismo extremo, mientras que la sensación de peligro que producían una Unión Soviética y una República Popular China militarmente expansionista parecía efectivamente fundada. En su mayoría, la sociedad americana estaba disfrutando de unos niveles de prosperidad económica anteriormente inimaginables, de tal modo que dedicar un 7 por ciento o más del PIB a gastos militares no parecía algo innecesariamente gravoso. Cuando la nueva administración democrática de John F. Kennedy se preparaba para entrar en funciones en 1961, acusó a la precedente administración republicana de Eisenhower de ser excesivamente poco, y no lo contrario, lo que había hecho a este respecto. Y así, bajo la nueva administración democrática de los años sesenta, se siguió sistemáticamente la vía hacia Vietnam, paso a paso.

**LA
GUERRA DE
VIETNAM**

Las condiciones de la guerra vietnamita eran exactamente las contrarias de las de la segunda guerra mundial: no suponía una amenaza inmediata a la seguridad estadounidense y, por consiguiente, su carácter «justo» era fácilmente cuestionable; en lugar

de fomentar la prosperidad, pronto produjo una inflación acelerada y una situación económica más difícil; y no se obtuvieron victorias definitivas, sino solamente una serie de dilatados, aparentemente interminables, combates de fin indeciso. Además, la enorme publicidad que la prensa y la televisión dieron a esta guerra pronto adquirió un sesgo negativo, produciendo un conjunto crítico de datos para la opinión pública de masas, algo que no había ocurrido nunca anteriormente en ninguna guerra ni en ningún país en la historia del mundo. Aun así, la opinión general norteamericana fue haciéndose adversa a la guerra sólo gradualmente, y no fue hasta los primeros años setenta cuando la mayoría de los votantes encuestados pidieron el fin de la guerra *tout court*. La nueva administración Nixon inició su programa de retirada ya en 1969, concluyendo éste cuatro años después.

Hacia 1973 la rueda había descrito un giro completo. No sólo habían fracasado las fuerzas estadounidenses por primera vez en la historia, sino que el consenso público no respaldaba ya los relativos sacrificios exigidos por la política militar que se habían pedido desde 1941, y de forma persistente desde 1950. El reclutamiento de potencial humano militar en período de paz fue interrumpido, y sustituido por un sistema totalmente voluntario de reclutamiento, instaurado en 1973. Desde aquel momento los gastos militares empezaron a descender, reduciéndose de forma regular durante los restantes años de la década de 1970. La parte principal de la era de la Guerra Fría se había prolongado, pues, aproximadamente un cuarto de siglo, desde 1950 a 1973, y por entonces el nuevo lema era *detente*. Las fuerzas armadas norteamericanas siguieron siendo comparativamente numerosas, en torno a los dos millones, aunque fueran escasamente la mitad de los efectivos totales soviéticos.

Los drásticos cambios producidos en los años sesenta y setenta eran producto de una experiencia histórica concreta, de una distinta percepción en cuanto a la política soviética, y también de fundamentales cambios sociales y culturales en el seno de la sociedad americana. El nuevo énfasis otorgado socialmente a la subjetividad y la auto-satisfacción, si no totalmente carente de precedentes en la historia americana, era sin duda cualitativamente muy diferente de toda su anterior experiencia, y cortapisaba cualquier idea de finalidad colectiva.

Pero la «*detente*» tuvo una historia desigual, y oficialmente se prolongó solamente de 1972 a 1976 —momento en que la administración Ford dejó de emplear este término—, pese a que la subsiguiente administración Cárter siguiera fundamentalmente adherida a ella hasta la invasión soviética de Afganistán. La administración Cárter, dirigida por un protestante evangelista, pareció volver prácticamente a los días pacifistas de William Jennings Bryan de comienzos de siglo. El presupuesto militar siguió descendiendo proporcionalmente, y daba la impresión de que el presidente había renunciado a la guerra como instrumento de política nacional, al estilo de los pactos de paz Kellogg-Briand de los años 1920.

EJERCITO DE RECLUTAMIENTO VOLUNTARIO

**LA
VICTORIA
DE
REAGAN**

Fue éste un idilio que hubo de concluir a fines de 1980 después de la ocupación iraní de la embajada americana en Teherán y la entrada soviética en Afganistán. En los años precedentes, la mayoría de los norteamericanos parecía estar de acuerdo en que no deseaban ya que su país siguiera desempeñando las funciones de gendarme mundial, o que se le pidieran sacrificios personales o económicos para la política colectiva, pero tampoco, según pudo comprobarse, le gratificaba ver su bandera pisoteada, su país insultado y su política nacional impotente, como ha ocurrido con frecuencia a partir de 1973. Cárter era generalmente considerado como, empleando la nueva expresión de la época, un «wimp», un hombre débil e ineficaz, y Ronald Regan obtuvo una gran victoria en 1980 que se repitió también en el Congreso.

**RÁPIDO
INCREMENTO
EN LOS
GASTOS
MILITARES**

Durante la primera administración Reagan se produjo escasa oposición al rápido incremento en gastos militares, que elevó el gasto de defensa hasta aproximadamente un 6,5 por ciento del PIB. Lo que se ha pasado por alto es que, al menos en un principio, el hecho habría sido muy similar con una segunda administración Cárter. Este había confesado públicamente que había cometido un serio error de cálculo con respecto a los soviéticos, y tenía proyectado un considerable ascenso en gastos militares para 1981. La política de Reagan gozó del favor general, tanto más porque en la práctica fue acompañada por muy pocas acciones militares efectivas, siendo la única excepción la operación menor de Grenada. Sólo después que la reducción de tasas fiscales y los fuertes gastos en todos los grandes programas de la administración hubieron producido varios años de enorme déficit, empezó a surgir nuevamente una resistencia seria a mayores gastos militares.

De entre todos los libros de historia publicados en Estados Unidos durante el pasado año, el que con diferencia ha atraído mayor atención es el de Paúl Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers* (1987). La mayor parte de esta obra está dedicada a una directa relación descriptiva/analítica de las bases económicas de las acciones militares y navales de las grandes potencias desde principios de los tiempos modernos. La última de sus grandes secciones^ sin embargo, presenta un extenso análisis de la actual base económica de las principales potencias, y la conclusión, entre otras, es que en el futuro Estados Unidos va a verse en dificultades para conservar la totalidad de su posición estratégica indefinidamente. Este mensaje, presentado en términos estrictamente rigurosos y respaldado por un gran volumen de datos económicos y militares, ha sido bien acogido, sin duda alguna, por el creciente número de críticos de la política Reagan. Las críticas más negativas recibidas por el libro de Kennedy señalaron que dedica escasa atención a decisivos factores culturales y psicológicos de la política de las primeras potencias, e incluso a ciertos hechos básicos objetivos, como son la magnitud de las amenazas y de los problemas a los que se enfrentan. Observan, asimismo, que los actuales niveles de gasto defensivo norteamericanos no tienen por qué considerarse excesivamente gravosos sin más consideraciones, pues anteriores niveles proporcionalmente más opresivos no impidieron la prosperidad acelerada de los años sesenta.

Desde 1950, el paradigma predominante del pensamiento estratégico americano no ha sido agosto de 1914 sino septiembre de 1938, no tanto el peligro de un holocausto como la lección del «síndrome de Munich», es decir, el carecer de voluntad y fuerza para enfrentarse a las dictaduras militarmente agresivas antes de que sea demasiado tarde. La tragedia de Vietnam —un tema de mediados de los años ochenta muy favorecido por la investigación histórica y también por los medios populares de comunicación— junto a la progresiva disgregación interna de la sociedad americana en la década de los setenta, quitó fuerza a aquel tipo de preocupación, pero los fracasos y las decepciones de los últimos años setenta volvieron a despertarla. Las reformas de Gorbachov en la Unión Soviética están, inevitablemente, produciendo el efecto contrario, y no pueden sino alentar las tendencias hacia la reducción de gastos militares. Esta situación se verá, no obstante, limitada por el efecto paradójico del reciente acuerdo sobre la limitación de armas nucleares estratégicas en Europa, que ha resaltado la importancia de la ventaja soviética en armas convencionales y presumiblemente exige un mayor esfuerzo de la OTAN a este respecto.

Podría sostenerse que desde 1945 Estados Unidos ha sido la más débil de las grandes potencias de la historia contemporánea en cuanto a imponer su voluntad militar a otras potencias. En la medida en que semejante parecer sea exacto, reflejará inevitablemente el hecho de que Estados Unidos ha sido durante dicho período la primera superpotencia que ha operado sobre la base de un sistema político totalmente democrático (más, por ejemplo, que Gran Bretaña a comienzos del siglo XX), que irremediamente ha limitado su capacidad de acción militar. Los ideales fundamentales y el legado histórico de antimilitarismo de la sociedad norteamericana coexisten con incomodidad con su prolongado poderío militar, y han contribuido a crear unas fundamentales contradicciones psicológicas y políticas. Sin duda, la situación general en los últimos años de la década de 1980 no favorecen un énfasis renovado en la fuerza militar *per se*, pero la política no se hace en un vacío, y ello dependerá de la general evolución de los sucesos mundiales.

**LA MAS DÉBIL
DE LAS
GRANDES
POTENCIAS**